

... con un distrito de las diócesis de los vicinos todo era
 ... por la obediencia ... para dar respuesta
 ... en los entornos ... para que así salie
 ... en como se venían sus ocurrencias ... En la robreza
 ... en un año ... de ...
 ... no hubo ... en la ... que ...
 ... para ... de los ...
 ... por el ... de ...

CAPITULO XVII.

Varios milagros, y don de profecía con que ilustró Dios al venerable padre Fr. Juan de Angulo.

La práctica de las mas heroicas virtudes es sin duda la mas evidente señal de la santidad de los justos, mas no por eso dejan los milagros que estos ejecutan, de ser el fundamento sólido para que la piedad cristiana los venere como à santos y recurra á ellos como à asilo de sus necesidades. Por esta razon sin duda, así como los siervos de Dios cuanto está de su parte solicitan la mayor gloria del Señor, así el Señor, como agradecido à sus obsequios, solicita la gloria de sus siervos, publicando con prodigios y milagros, que son varones famosos en la república de los justos. Las rígidas penitencias, las heroicas virtudes, los continuados y maravillosos raptos y algunos de sus milagros, referidos ya en los capítulos pasados, tenían ya afianzada la veneracion y fama del padre Fr. Juan de Angulo, y sobre estos gloriosos dones añadió Dios otros nuevos honràndole con la gracia de los milagros y con el don de la luz de profecía, para que su santidad quedase mas acreditada. Muchos fueron los prodigios y maravillas con que honrò Dios á su siervo, pero dejando muchos que no tienen la firmeza necesaria para la fé humana, solo referiré los ciertos que declararon los mismos á cuyo favor se habian ejecutado y los oculares testigos que se hallaron presentes á ellos.

Una niña de ocho años, hija de un rico mercader de la ciudad de Zacatecas, estando por el mes de Agosto comiendo un

durazno con el deseo de chupar el jugo, metió en la boca el hueso, travesando con él, se descuidó y se le atoró en la garganta sin haber podido hallar la medicina remedio para tan inopinado peligro: faltóle el aliento á breve rato, sofocada con el hueso, y estuvo así algunas horas, teniéndola todos por difunta: lloraban tiernamente sus padres la desgraciada muerte de su hija, en ocasion en que el venerable padre Fr. Juan de Angulo pasaba por la calle de Tacuba, donde habia sucedido este caso lastimoso: súpolo el padre de la difunta niña, y revestido de la fé que tenia á sus maravillosas virtudes, le salió al encuentro à la calle y le dijo, que por amor de Dios subiese à su casa y pusiese las manos sobre su difunta hija para su consuelo; que esperaba de la Divina piedad tener por este medio su congoja algun alivio. Subió el venerable padre, aunque avergonzado con su humilde conocimiento, y viendo á la niña muerta y á sus padres llorosos y doloridos, levantó al cielo los ojos, y haciendo una breve oracion al Altísimo, cogió en sus venerables manos la cabeza de la difunta niña, y volviendo el rostro á sus padres, que estaban acongojados, y á otros muchos que habian concurrido, les dijo: "Den gracias á Dios nuestro Señor que no està la niña muerta, sino sana y buena;" al instante comenzò la niña à hablar sin impedimento ni dolor en la garganta, quedando del todo sana del accidente pasado, y levantándose de donde yacía, fué à besar la mano al bendito religioso muy risueña, y los padres quedaron contentísimos, dando innumerables gracias á Dios, maravilloso en sus siervos; y à pesar de la humildad del venerable padre Angulo, fueron, mientras vivieron, agradecidos panegiristas de este singular prodigio.

Viviendo el venerable padre en el convento de Zacatecas en el ejercicio de portero por los años de 1634, viò que salian de los claustros del convento tres mancebos, y mirando con atencion al último que salia, le llamó aparte, y con modesto semblante le dijo: "Hijo, procure enmendarse del vicio en que está metido mediante una confesion verdadera, y le declaró la culpa en que se hallaba, y en lo de adelante trate de vivir cuidadoso y tener bien dispuesta y prevenida su conciencia, porque le espera un lastimoso caso de una muerte repentina." Contristóse

el jóven viendo descubierta su culpa y procuró borrarla con una confesion verdadera: no se acordó mas del dicho del venerable padre, y à pocos dias se ausentó al Real del Parral, minería opulenta en aquellos tiempos. Estuvo algunos años en este lugar, y comenzó á labrarle el dicho del venerable padre Angulo, acordándose á todas horas de las palabras con qué le habia prevenido. Siempre que iba á nuestro convento á oír misa ó á otra diligencia, preguntaba á los religiosos que en él moraban, si sabian de la salud del padre Angulo; ejecutó esto tan repetidas veces que les causó cuidado á los religiosos. Preguntáronle con instancias que les dijese qué motivo tenia para preguntar por la salud del padre Angulo tantas veces. Respondiôles repitiéndoles el caso que le habia sucedido con dicho padre, saliendo de la portería del convento de Zacatecas; y como los padres conocian la virtud del venerable padre y la seriedad de sus palabras, le dijeron: "Pues amigo, viva usted cuidadoso y no malogre tan importante aviso, porque quien lo avisô es varon religiosísimo, y no le hubiera anunciado tan grande desconsuelo á no tener inspiracion divina y sobrenatural motivo."

Prometió hacer en este particular cuanto le fuera posible, y desde ese dia continuò los santos sacramentos con frecuencia. Ofreciósele salir á un viaje muy alegre, y á dos jornadas del real, le hallaron á la orilla de un rio, muerto en el campo, y la mula en que habia caminado atada á un árbol con la escopeta y todo lo necesario de mantenimiento y dineros que llevaba para el camino. Hiciéronse las diligencias necesarias para saber cómo se habia muerto, y jamas se descubrió la señal ni indicio mas leve de los agresores de su muerte, ni de señal alguna de heridas: porque si le hubieran muerto los indios, hubiera rastro de las flechas y se hubieran llevado la mula, que es lo primero que llevan para su alimento: si le hubieran muerto los ladrones, le hubieran quitado la escopeta y los dineros con otras halajas que se hallaron. Y solo se vió que se cumplió la fatalidad que el padre predijo en el muy lastimoso caso de la muerte repentina, que admiraron los religiosos viendo á la letra cumplido el vaticinio ó profecía del venerable padre Fr. Juan de Angulo, el que supieron pocos dias antes de boca del mismo mancebo, quien con el aviso y con lo que los padres le aseguraron, se discurre piadosamente viviria prevenido para semejante lance.

Vivia en el convento de Zacatecas un religioso en la enfermería con una envejecida y acancerada llaga, en cuya cura no acertaba sino que desatinaba la medicina; visitóle una tarde, entre otras, el venerable padre Angulo, y consolándole à que tolerase con paciencia los dolores de la llaga, procuró con discrecion mirarla, y le dijo: "Padre, ¿quiere que yo le aplique lo que le ordenó el médico para que no se retarde el alivio de la cura mientras viene el enfermero?" —Sí, padre, le respondió el enfermo, hágalo por Dios, que los dolores son muy intensos." Aplicóle el padre Angulo las medicinas con su mano, y despues de haberle curado, sabiendo que tenia inapetencia total á la comida, le dijo: "¿Apetece V. R. alguna cosa para su alivio?" —Sí, padre, comeria de buena gana unas uvas; pero no es tiempo ahora de ellas:" era á principios de Febrero, en que jamas se ven uvas ni frescas ni secas en esta tierra; y metiendo el siervo de Dios la mano en la manga, sacó un racimo de uvas frescas y se las dió al enfermo, que habiendo comido parte de ellas, quedó con apetito á la comida, y en breves dias quedó del todo sano de la vieja y acancerada llaga, causando á todos admiracion el prodigio, no solo de haber tenido tan à mano las frescas uvas en tiempo inusitado, sino de la virtud de sus manos en haberle sanado la llaga envejecida en tan breve tiempo, sin mas remedio que el que en otras ocasiones no habia causado alivio, y el contacto de sus manos.

Como era de tan crecida edad y en Zacatecas hacen frios intensísimos en tiempo de invierno, solia el venerable viejo bajar á la cocina del convento algunos dias á calentarse al fogon en que se guisa para la comunidad: ponía su báculo en que afianzaba lo pesado de su cuerpo dentro de las ascuas, y haciendo esto muchas veces jamas se quemó el báculo, sino que salía del fuego como si nunca en él hubiera entrado, y como fué este prodigio tan continuado y á vista de los mas de los religiosos que moraban en el convento, se divulgó la maravilla entre todos los ciudadanos, quienes despues de haber muerto el venerable padre, buscaban este báculo para lograr con él el remedio y alivio á sus dolencias, y como la fé que tenían era grande, hallaron en el báculo lo que deseaban.

Estaba de parto una señora, y despues de haberla tenido dos

días en el pnesto sin provecho alguno, reconocieron los médicos que estaba difunta la criatura, y procurando salvar la vida de la madre, le dieron varias bebidas para el aborto del inanimado feto: ninguna fué suficiente para la espulsion de la criatura, y esperaban todos por horas que la acompañara la madre; ésta tenía viva fé con las virtudes del báculo del venerable padre, y pidió que se le trajesen y se le aplicasen à la barriga, esperando con fé viva que con su contacto y por intercesion del venerable padre Angulo escaparia del peligro de muerte que por instantes esperaba; ¡cosa prodigiosa! Lo mismo fué sentir la señora sobre su cuerpo el báculo, que gritar alegre á los circunstantes: "Ya me libró de la muerte el padre Angulo;" acudieron las mugeres á registrar, y hallaron que habia echado un niño difunto, corrupto del todo.

Era el venerable padre Angulo devotísimo de las ánimas del purgatorio, y en sus ayunos, penitencias, disciplinas y otras mortificaciones tenían la mejor parte las ánimas benditas: aconsejaba á todos esta devocion para que las ayudasen y socorriesen, deseoso de introducir en los católicos pechos esta devocion tan provechosa. Aparecíansele muchas pidiéndole algunos especiales sufragios, á que acudia pronto y fervoroso: súpose esto porque espíandole los coristas y novicios que tocaban á maitines y habian de despertar á los religiosos, mientras se hacia hora iban curiosos à acechar las batallas crudas que tenia todas las noches el venerable padre con el demonio, y en muchas de estas ocasiones oyeron como hablaba con mucho sosiego y quietud el venerable padre, y arimándose mas por los resquicios de la puerta, percibieron que le daban las gracias por verse libres, mediante sus oraciones, de las penas en que estaban detenidas; y si otras noches salian los coristas horrorizados de oír las bravuras del demonio, estas salieron gozosísimos por la cercanía de aquellas almas bienaventuradas: noticia que sin poder ocultar su travesura, la publicaban á la mañana por el convento con alegría y admiracion de todos.

CAPITULO XVIII.

Prosiguese la misma materia, y se refieren los prodigios de este venerable padre.

Para premio de la virtud del padre Fr. Juan de Angulo, y aliento de la tibieza humana, asistió Dios con singularidad en las operaciones de este héroe prodigioso, dando à entender á los mortales que es maravilloso en sus santos y escogidos con ejemplares maravillosos. Tenia el venerable padre estrecha familiaridad en la casa de un hombre principal de Zacatecas que habia sido nuestro síndico; era la señora síndica una muger virtuosísima, y en la conversacion del venerable padre, sentia su espíritu, grandísimo consuelo. Estando un dia con la señora tratando cosas tocante al espíritu, le dijo: "Señora, la verdadera amistad consiste en prevenir los peligros, para que cuando nos hallemos en ellos, no se turbe nuestro corazon con el sobresalto: tenga vd., señora, buen ánimo, y mucha conformidad con el divino beneplácito, porque le esperan muchos infortunios y trabajos, y en ellos refina Dios las operaciones de sus siervos y escogidos." Respondió la cristiana y devota señora: "Padre, hágase en mí su santísima voluntad, que de mi parte estoy dispuesta à sufrir, mediante la divina gracia, cuantas persecuciones y fatigas se dignare enviarme su piedad divina." Consolóla el venerable padre con tiernas y eficaces palabras, y despidiéndose de la señora, prometió asistirle con sus

oraciones, y de pedirle á Dios que le diese paciencia en las desdichas que le esperaban. Murió el marido de la señora á pocos días, y de su muerte resultaron á la señora tales trabajos y miserias, que llegó á faltarle el natural sustento para sus hijos y familia, cosa que le causó gran mortificación, por haber sido su casa muy opulenta, y haber tratádose siempre con decencia. Reconoció la síndica ser aquellos trabajos los que le habia prevenido con tanta anticipacion el venerable siervo de Dios Fr. Juan de Angulo, y los llevó con toda paciencia, reconociendo venir de la piadosa mano de Dios aquel golpe, cuya prevenicion le hizo mas tolerable.

Sucedióle con la misma señora otro caso en que se conoce que tenia Dios ilustrado su entendimiento con el conocimiento de algunas cosas especiales: envió el Santo Oficio un despacho al R. padre Fr. Martin de Valenzuela, provincial que habia sido de esta provincia, y comisario que era entonces del Santo Oficio de la ciudad de Zacatecas, para que recogiese todas las cuentas y reliquias que en dicha ciudad se hallasen de la venerable madre Luisa de Carrion, mientras se diese otra providencia. Ejecutóle el reverendo padre comisario, y le fué entregado cuanto habia en obediencia del superior mandato. Nuestra referida síndica, viuda de nuestro síndico, dió algunas cuentas que tenia y se quedó con una halajita de la madre Luisa, pensando con buena fé podia guardarla, ó ya fuese por olvido ó devocion que tenia á la venerable madre: teniala con gran secreto guardada en un escritorio, sin haber dado parte á persona alguna, que la tenia guardada. En varias ocasiones que estuvo con la señora el venerable Angulo, sacaba con discrecion la conversacion de las cuentas, y decia á la señora que no se podia faltar á obedecer los decretos del Santo Oficio, y que debian todos desposeerse de cualquier halaja de las que el decreto ordenaba entregándosela al comisario: tantas veces repitió esta plática, que la señora se dió por entendida, y dijo que no tenia halaja alguna de la madre Luisa. "Pues vd. me perdone, le dijo el padre Angulo, que le repita tantas veces esto, porque el demonio, el demonio. . . ." y dejando la oracion imperfecta calló, mirando á la señora, la cual con prontitud de muger, le dijo: "Dígale V. R. al demonio, que no tengo halaja

de las que el santo tribunal pide:" á que respondió el venerable Fr. Juan, sonriéndose: "Pues sepa vd. que se lo he dicho, y me responde que sí tiene vd.; y así lo que importa es, obedecer á nuestros superiores, y tratar de entregarla al punto, no tenga rebeldías de que acusarnos el demonio." La señora que vió descubierto su secreto, con toda compuncion y arrepentimiento, sacó la halaja y la entregó, y jamas volvió el siervo de Dios á tomar en boca esta materia; quedando la señora, é innumerables que supieron el suceso, admirados de las circunstancias de este caso.

El prodigio mas digno de admiracion que sucedió al venerable padre Angulo, y de que se conoce lo ilustrado que tenia Dios su entendimiento para el conocimiento de cosas ocultas é interiores, se verá en el siguiente suceso. Habia en la ciudad de Zacatecas dos casados muy honrados, y con abundancia de bienes de fortuna para pasar la vida con decencia, siendo por su calidad entreambos de lo principal de aquella ilustre república, sucedióle al marido una gravísima desgracia, motivo porque despues de haber perdido el caudal, le fué preciso haber perdido la tierra, porque corria mucho riesgo su vida. Con esta impensada desgracia quedó su muger sola y muy atribulada con tantos ahogos y necesidades, que aun le llegó á faltar el necesario sustento, y como no estaba hecha á semejantes trabajos, los sentia con escesivos estremos. Dilatóse la ausencia del marido muchos años, y aun tuvo algunas noticias de que habia muerto, y como la necesidad tiene cara de herege, y la de la referida casa era mas que razonable, no faltó quien la inquietase, y por una y otra causa, ó por todas juntas, llegó á estremo la miserable, que olvidada de sus obligaciones, y lo que mas es, que no atendiendo á la ley de cristiana, se deslizó como frágil, violando el honor que debia guardar á su marido y ausente esposo; y como no hace el diablo empanada que no coma de ella, de esta desdicha se le originó quedar en cinta y tener un hijo, el cual criaba con la seguridad de no tener ni la mas leve noticia del marido y tenerle ya por difunto.

Estando un dia con el niño en los brazos acariciándole, entró repentinamente su esposo, que viendo tan patente señal de su deshonra azorado del pundonor, quiso quitarle la vida. No

se turbó la señora, fortalecida de Dios, antes con el disimulado y fingido amor que acostumbran las mugeres en lances tan apretados, le sosegó diciéndole: que aquella criatura era un huérfano que le habia traido á que le criase el padre Angulo, y que como era persona de tanta veneracion y respeto para todos, no solo no se habia escusado el admitir obra tan piadosa, sino que en recibirle se habia tenido por muy dichosa y afortunada: que inquiriese y averiguase la verdad de su dicho, y si hallaba no ser como ella lo decia, que ejecutase lo que le pareciese mas conveniente: en fin, con tan eficaces palabras representó su papel la afligida muger, que suspenso el marido un rato sin hablar palabra, se fué á nuestro convento, y al ir subiendo por la escalera, se le hizo contradizo el padre Angulo, y antes que el afligido hombre le saludase le habló con semblante apacible el venerable padre, en esta forma.

“No venga vd. acongojado ni afligido, que si no es gusto suyo que se crie en su casa aquella pobre criatura inocente, yo buscaré en donde ponerla que dé menos pesadumbre, que no faltará en la piedad cristiana quien quiera ejercitarse en esta obra de misericordia.” Consolose mucho el afligido hombre con las palabras nel venerable padre Angulo, y como si le hubiera hecho algun agravio desmedido, le pidió perdon al santo religioso. Volvió á su casa consoladísimo, y luego que entró en ella, pidió á su muger perdon del juicio temerario que habia hecho de sus proceder, y le rogó con encarecimiento tuviese mucho cuidado de aquel niño, sin haber hecho jamas el hombre otra diligencia para certificarse mejor de lo que habia con tan grave sospecha presumido, juzgando que ofenderia gravemente el respeto del siervo de Dios si imaginara contra su muger cosa alguna en perjuicio de su crédito y fama; por este medio quedó la señora arrepentida y enmendada; pues desde este dia hizo una vida muy perfecta y su marido muy satisfecho de los rectos proceder de su esposa, y el niño se crió en su propia casa, sin estrañar los desvios de madre menos propia.

Siendo el espíritu profético y el conocimiento superior de cosas ocultas y escondidas á la capacidad humana con que Dios ilustró á este varon venerable, tan heroico como queda comprobado en los referidos prodigios para consuelo de los vecinos de

la ciudad de San Luis, así presentes como venideros, referiré lo que hablando de las minas de San Luis viviendo de morador y portero de su convento, dijo en presencia de muchos religiosos y seglares. Estaba el venerable padre Angulo un dia en la huerta del convento divirtiéndose con los religiosos y otros seglares principales que habian ido al convento con ocasion de un asueto que tenia la comunidad en la huerta dias antes que comenzase el adviento; y lastimándose los seglares de la cortedad de las minas, y que segun iban en disminucion sus metales, conocian que estaba la ciudad espuesta á despoblarse, dijo con mucha seriedad á todos: “Señores mios, no está el poder divino limitado á tiempos, Dios que la pobló con su alta Providencia, la conservará y aumentará mas cuando convenga: lo que aseguro á vdes. es, que en aquella serranía (apuntando á la que está al Mediodía) está el verdadero Potosí, y en sus entrañas hay oculta mucha abundancia de plata.” Esto dijo el venerable padre Angulo, quien iluminado superiormente descubrió otras cosas mas ocultas, que las han visto practicadas nuestros ojos, como se verá en los siguientes párrafos.

Estaba el venerable padre en casa del capitan Andres Vanegas, en el Real del Fresnillo, en ocasion que entró en ella un hombre de Sombrerete, quien besándole la mano, dijo: “Padre mio, solos los religiosos de San Francisco y tres vecinos han quedado en Sombrerete, y obligados de la necesidad se han salido todos los otros por no sacarse plata alguna de sus minas;” á que respondió el venerable padre: “No hay en las minas falta de plata, Dios la descubrirá cuando convenga, y si ahora se despuebla, algun dia les faltará sitio para labrar casas; lo que se vió antes de veinticinco años cumplidos, pues por la gran riqueza que se descubrió en Sombrerete, se pobló tanto, que se llegó á fabricar vivienda en los mismos cerros. Lo mismo le sucedió con el mismo capitan Don Andres Vanegas en el Fresnillo, quejándose de la cortedad de las minas de aquel real, por cuya causa no se podia acabar su parroquial iglesia, á quien dijo el venerable padre: “No se desconsuele, hermano, que en este real ha de descubrir un tesoro rico el hombre mas vil y pobre, y se fabricará iglesia muy decente: así se vió luego cumplido: pues un esclavo descubrió la mina mas rica del Fresnillo, y se fabricó una iglesia muy decente.

Con este mismo capitán Vanegas caminaba del Fresnillo á Zacatecas el devoto y venerable padre, cuando derrepente dió el grito, diciendo: "Dios te favorezca," y se puso de rodillas para orar: asustóse el capitán Vanegas, no viendo por la campiña persona alguna que pudiera haberle motivado á tal esceso, y dentro de media hora vió venir una mula ensillada y con armas á toda prisa, la que mandó el padre Angulo cogiesen, porque habia derribado á su dueño, y arrastrándole largo trecho le libró Dios de que le hiciera pedazos. Obedeció confuso el capitán Vanegas, y á la hora vió venir á pié al dueño de la mula que el padre habia nombrado, y llegándose al padre Angulo, prostrado á sus piés, le dió las gracias diciéndole cómo por su intercesion y oraciones le habia librado de que le hiciera pedazos la mula que le arrastraba, pues en su conflicto solamente su nombre invocó para su defensa. Dejo de referir otros sucesos que predijo con espíritu profético y se vieron practicados, porque con los espresados queda patente la luz divina que ilustraba su entendimiento.

CAPITULO XIX.

Muerte del venerable padre Angulo, y su fama póstuma.

Colmado de merecimientos, siendo de edad de setenta y siete años, le previno María Santísima día de la Concepcion, el de su muerte: revelacion que descubrió á su confesor y prelado. Con este aviso se despidió de sus espirituales amigos en sus propias casas, diciéndoles no le verian mas en ellas, pidiéndoles para el último viage el socorro de sus oraciones. Hecha esta diligencia se previno con su escudo fuerte de los santos sacramentos en que se afianzaba su espíritu para la última batalla con el

demonio. Permitiéndolo Dios se le apareció la última vez la noche del nacimiento de Jesus, y esforzado con el auxilio divino le dijo con arrogancia: "Enemigo maldito de la humana naturaleza, ¿cómo te pones en mi presencia teniendo yo á mi Dios en mi amparo y defensa? Huye, infeliz espíritu, y no te atrevas á profanar con tu malicia esta hora dichosa en que María, madre de Dios dió á luz al Salvador del mundo, y para confusion vergonzosa tuya te mando en virtud del poder divino que me conforta, que no parezcas mas en mi presencia." Desparecióse con este conjuro el demonio, y el breve tiempo que le restó de vida, no le permitió Dios que se apareciera en su presencia. Libre ya de la persecucion prolongada del infernal dragon, sin que se le conociese mas enfermedad que la de su vejez, con todo sosiego y espiritual consuelo entregó su espíritu en las manos del Señor el año de 1644, día 26 de Diciembre, siendo de edad de setenta y siete años y veintisiete de religion.

Pusieron los religiosos el cadáver venerable en el féretro, y luego se cubrió de maravillosos resplandores, despidiendo una fragancia suavísima que recreaba á cuantos la percibian, y le duró mas de una hora. Divulgóse su muerte en toda la ciudad, y de todos estados fué el concurso innumerable, sin haber sido suficientes las anticipadas prevenciones que tenian dispuestas los religiosos, para que la piedad indiscreta no le despojara dos veces del hábito, que sin poder detener la devocion del concurso, se le quitaban á pedazos, y se le hubieran quitado otros muchos á no haber fulminado censuras el juez eclesiástico contra los que se atreviesen á cometer semejantes excesos. Tuviéronle cuatro dias insepulto, en los cuales obró Dios por su intercesion muchos prodigios, permaneciendo tan flexible y tan fragante, como si no estuviera difunto. En uno de estos dias le hirieron un dedo, de que le salió mucha sangre, tan fina y encendida, como pudiera derramar un niño vivo; esta sangre la recogieron en varios lienzos, y uno de los que la cogieron, aplicándola inmediatamente á un ojo que tenia sin vista, la recuperó con su contacto. De esta misma sangre en el mismo dia dieron á una muger que estaba de parto habia tres dias desauiciada de los médicos, y habiendo bebido con mucha fé